

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

Los jóvenes del Partido Socialista: crisis de identidad y debate de ideas en el escenario posperonista, 1955-1956.

Blanco, Cecilia.

Cita:

Blanco, Cecilia (2005). *Los jóvenes del Partido Socialista: crisis de identidad y debate de ideas en el escenario posperonista, 1955-1956*. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/727>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Xº JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Rosario, 20 al 23 de septiembre de 2005

Título: *“Los jóvenes del Partido Socialista: crisis de identidad y debate de ideas en el escenario posperonista, 1955-1956”*

Mesa Temática N° 76 : "Socialistas y comunistas ante la realidad social, política, intelectual y cultural de la Argentina, 1890-1960"

Pertenencia institucional: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales. Instituto de Investigaciones Gino Germani

Autor/res: Blanco Cecilia – Docente-becaria UBA-CONICET

Dirección: Cabrera 5984, Capital

Teléfono: 4772-8464

E- Mail: cecilia_m_b@yahoo.com

I

Hacia 1955 la casi totalidad de los integrantes del campo antiperonista compartieron con optimismo el derrocamiento de un régimen que consideraban autoritario y demagógico. A poco de andar aquella unidad se desvaneció al tiempo que, como subraya Neigburg (1998), el peronismo y la desperonización definirían la agenda de problemas nacionales y serían referencia ineludible para los actores con perspectivas de participar en el ciclo político en ciernes. Uno de ellos fue el Partido Socialista. Aunque jugador menor del sistema de partidos y de pobre ligazón con las clases laboriosas a las que decía representar, había cumplido un papel relevante en la lucha contra el régimen y tenía prédica entre núcleos de sectores medios profesionales y jóvenes universitarios. Precisamente, el grueso de su juventud inauguró, acompañado por un componente heterogéneo de socialistas “mayores”¹, un proceso de redefinición de las ideas y prácticas políticas

¹ Entre los jóvenes se contaban Latendorf, Dieguez, Semán, Graciarena, Pescuma, Weinschelbaum, Troncoso, Polino, Murmis, Rando. Conformaron junto a algunos mayores

socialistas. Esta apuesta transitó por un doble andarivel: el de construir un espacio y tomar la delantera al interior de un Partido cuyo grupo dirigente había reforzado el perfil liberal-democrático con una política de lealtad cuasi-incondicional al gobierno provisional, y el de hacerse un lugar en las luchas en el mundo de la política. También, estuvo atravesada por el influjo del frondizismo y el florecimiento de un polo crítico entre los intelectuales progresistas a cuya mayoría sedujo la propuesta del líder del radicalismo intransigente².

Indagaremos la producción discursiva de la fracción crítica juvenil del PS en los meses que siguieron a la caída del peronismo para develar algunos de los rasgos que adquieren sus respuestas a la desorganización del sistema de creencias socialista, que inaugurarían un proceso de mutación de las tramas discursivas del Socialismo con resonancias dentro y fuera del Partido.

Nos preguntamos: ¿qué valores, ideas y significaciones novedosas poblaron los esquemas de interpretación articulados por aquella fracción con el fin de decodificar la realidad político-social del país y actuar en ella?; ¿qué repertorio de definiciones pusieron en juego en su elaboración de un nuevo proyecto de orden social en el marco de la proscripción del peronismo y con la perspectiva de interpelar a la clase obrera?; por fin: ¿qué juego de afinidades y oposiciones ligó a sus interpretaciones y prescripciones con la fracción crítica del campo progresista?.

No podemos aducir una estructura homogénea de opiniones entre los integrantes de la nueva generación, pero sí identificar una serie de rasgos que al superponerse y expandirse conformaron un discurso de perfil diferencial.

(Tieffenberg, Moreau de Justo, Palacios, Sanchez Viamonte, Romero, entre otros) la fracción "izquierdista" del Partido, en oposición al grupo liderado por Américo Ghioldi.

² Nucleados fundamentalmente en la revista *Contorno*, emprendieron una lucha contra sus mayores del campo intelectual que acabó por definirse en términos de una querrela política y dio lugar a la formación de una "nueva izquierda intelectual". Sus nombres más representativos fueron los hermanos Vinas, Alcalde, Jitrik, Rozitchner, Troiani y Sebreli. Inspirados en Sartre y Merleau Ponty y atravesados por un sentimiento de culpa, emprendieron la tarea de dilucidar las causas del advenimiento del peronismo como una apuesta impulsada a acercarse a las masas. Una de las marcas de esa operación fue el cuestionamiento a la izquierda tradicional y el progresivo deslizamiento hacia posiciones que combinaron una ideología marxista con valores nacionales. (Altamirano, 2001); (Sigal, 1991); (Teran, 1991).

Hemos elegido para el análisis dos publicaciones: *Futuro Socialista*³ y *Sagitario*⁴. FS era el órgano oficial de la juventud del PS, abocado ante todo a difundir sus opiniones respecto de sucesos coyunturales. *Sagitario* no era una revista partidaria, aun cuando la mayoría de los integrantes del Cté Editor eran jóvenes antighioldistas afiliados al PS; como publicación bimestral de “*humanidades*”, sus ensayos alternaban análisis políticos y culturales .

Ambas se reivindicaban fruto de una inspiración juvenil y compartían a varios de sus redactores. No todos los que escribían formaban parte de la fracción contestataria del PS ni, aun conformándola, sus opiniones estaban exentas de divergencias. Lo interesante de ellas es la tensión presente en su mismo cuerpo de ideas, que alterna las referencias más clásicas del Socialismo con soluciones argumentales de carácter más novedoso. En sus páginas podemos rastrear no sólo los temas que darán entidad al naciente mapa ideológico de la fracción bajo análisis, sino también los síntomas del comienzo de su búsqueda de una nueva identidad sobre los restos de la que comenzaría a dislocarse.

II-

Durante los 10 años del peronismo en el poder el pensamiento político oficial del PS no se modificó. En su centro anidaba la caracterización del peronismo como “*nazi-totalitarismo*” y prescripciones para la acción socialista orientadas a articular esfuerzos con otras fuerzas políticas en la “*lucha por la libertad*”. Correspondía a este pensamiento una imagen de la política peronista como fundada en la manipulación operada por el accionar “*policíaco*” y “*demagógico*” del Estado sobre una masa trabajadora sin conciencia gremial y política a la que se tendía a acusar por desoir las interpelaciones socialistas.

³ Reapareció quincenalmente el 8/11/55. Comité Editor: Martins, Nale Roxlo, Dehollain, Dieguez y Troncoso. Además de aquellos, escribieron, entre otros, Campbell, Semán, Latendorf, Weinschelbum, Pescuma. Aunque la mayoría de las notas no llevaron firma.

⁴ Director: Sanchez Viamonte; Comité Editor: Sanchez Viamonte, Martins, Goutman, Di Tella, Gonzalez, Graciarena, Pescuma; Sec de Redac: Martins. Entre los que escribieron en algunos de los números se contaron a C A Erro, F Romero, Palacios, Lopez Acotto, Pandolfi, Giusti, M A Asturias, Betancurt. Más asiduamente lo hicieron: Gambini, Semán, Latendorf, Martins, Sanchez Viamonte, Di Tella, Graciarena, Pescuma, entre otros.

Pese a su fortaleza, hubo intentos por someter este pensamiento a debate. El historiador Romero en *"Indicaciones sobre la situación de las masas en argentina"* (1950) desplegaría un juicio opuesto a los planteos de Ghioldi. Además de llamar a ponderar las transformaciones sociales por encima de lo que consideraba un episodio político *"circunstancial"*, sindicaba al golpe de 1930 como el antecedente directo de la *"realidad actual"*. Según su parecer, el accionar de la oligarquía había provocado un profundo escepticismo político y resentimiento popular contra los grupos dirigentes. Aunque, las masas habían tomado un conciencia más clara de la justicia de ciertas reivindicaciones sociales y económicas.

Respecto del fenómeno peronista, Romero apuntaba entonces algunas consideraciones novedosas al discurso socialista oficial, sintetizadas en su negación a hacer una lectura del peronismo sólo en términos políticos al destacar el proceso social de afirmación de las masas. También destacaba que la experiencia peronista había dado paso a un proceso de politización de las masas y reactualizado su interés por los problemas gremiales.

Aun cuando Romero asumiera la concepción racionalista de la política propia del ideario socialista (Portantiero, 1999) su preocupación por descifrar los cambios estructurales de la sociedad argentina lo había llevado a destacar signos novedosos de ese proceso social. Advertía: *"Se ha logrado un cierto progreso al que las masas no renunciarán, de modo tal que es ineficaz cualquier planteo que se haga sobre la base de retrotraer su situación a la de 10 o 20 años"*

Otra de las voces discordantes fue la que J V Gonzalez alzó en el 37 Congreso Partidario de 1950⁵. Según Gonzalez, era indispensable para el PS promover una autocrítica para romper con el abandono de las masas. Llamaba al Partido a interpelarlas con propuestas que superaran su Programa Mínimo de conquista de mejoras en las condiciones de vida y de trabajo de la clase proletaria. Advertía que este propósito no sólo era propiciado por otras organizaciones partidarias, sino que además el peronismo había satisfecho la mayoría de aquellas reivindicaciones.

⁵ Verse un interesante análisis en Herrera (2004)

Gonzalez propulsaba un acercamiento a los trabajadores haciendo de la lucha por sustituir el sistema capitalista por el socialista el contenido del Programa Máximo. Su iniciativa apuntaba a distinguir al PS del resto de los partidos burgueses, al tiempo que reafirmaba su carácter de representante de los intereses de la clase trabajadora.

Junto con esto, transmitía una imagen de la clase obrera distanciada de los juicios admonitorios de las voces dirigentes del Partido: era el sector social más numeroso, con mayor sentido de homogeneidad, organización y conciencia de sus intereses. No obstante, dicha caracterización convivía con su ilustración de la ligazón de los trabajadores con los movimientos populares en los términos del pasaje de un colectivo con "*personalidad de clase*" donada por el Socialismo a una "*masa amorfa alusinada*" por la "*mística*" y "*dádivas*" de Yrigoyen, primero, y de Perón, después (Gonzalez, 1950)

Los casos de Gonzalez y Romero se presentaron como sugestivas interpretaciones por donde podía colarse la incomodidad de un inorgánico sector partidario que buscaba la apertura del debate con urgencia militante, aun cuando no lograron modificar las ideas y la línea sostenida por el círculo dirigente, ni pudieron articularse en una oposición orgánica. Pese a ello, algunas de las ideas que poblarían los esquemas de interpretación de la joven generación a partir del '55, encuentran su antecedente en varios de los principios sostenidos por las réplicas previas.

III –

a- Las distintas versiones del “hecho” peronista

La euforia pro *Libertadora* no escapó a los jóvenes. Vieron en la destitución de Perón la posibilidad de reponer sus vínculos con la clase obrera y participaron en el debate sobre las características que debía asumir la "*reconstrucción*" del país, que tenía como punto de arranque la definición del peronismo y la elucidación sobre la cualidad de la adhesión de los trabajadores a aquel.

El repertorio de explicaciones que aquella fracción del PS iría desplegando sobre el peronismo fue disímil, aun cuando sustentado en una misma clave: sus rasgos autoritarios, demagógicos y fascistas.

Lo que distinguía a las líneas interpretativas puestas en juego era cuál de los elementos del conjunto de los que componían la caracterización socialista del fenómeno, era presentado como la variable explicativa substancial. Por eso, en no pocas ocasiones estas tramas argumentativas se articularon como componentes de un mismo discurso. Aun así, las maneras diferenciales de articular la lógica argumentativa resultaron en significaciones diferentes.

La “*versión liberal*” del peronismo, hacía centro en su carácter fascista e incidental, impulsado desde el aparato estatal por políticas coercitivas y demagógicas. Según esta versión, Perón sólo había logrado la adhesión de un lumpen proletariat, que actuaba “*sin responsabilidad y sin conciencia de clase, como fuerza numérica, puramente cuantitativa, movida por estímulos inmediatos de ventajas individuales*”(Sagitario, mar./abril '56). Estas prácticas habrían provocado una degradación moral en el conjunto de las esferas sociales.

La “*versión sociológica*” hacía de la distinción entre vieja y nueva clase obrera el núcleo de su argumentación. Recalcaba que el rápido y anómalo proceso industrializador con sus salarios urbanos habían atraído “*al trabajador agrario, seminomade, mal retribuido y peor alojado*” que huérfano de experiencia sindical y política, “*pone el hombro a la empresa (de Perón) con limpio e ingenuo fervor*” (Andrés Lopez Acotto, Sagitario, jul/ag.'56). A esta masa se contraponía una clase obrera más antigua, con conciencia de clase y “*democrática*”⁶.

Por último, la “*versión sintomática*” daba relevancia a las condiciones de emergencia del peronismo. La explicación se buscaba en las experiencias políticas y la realidad social previa a su surgimiento; la creencia de la clase trabajadora en Perón respondía a su propia condición de excluida durante el régimen oligárquico. Esta argumentación destacaba que las masas habían aceptado comprensiblemente la bandera de la justicia social, ausente en los

⁶ Argumentación expuesta ya por Ghioldi en el Congreso del '50.

principales adversarios políticos del peronismo, más allá de que Perón hiciera de ella una mascarada.

La primera de las interpretaciones se tejía bajo el supuesto de una noción de progreso que discernía el proceso histórico como una serie evolutiva que partía de los derechos del hombre y del ciudadano y se encaminaba hacia la justicia social. Según esta narrativa, el régimen peronista había significado una irrupción en el camino. Así, se construía una genealogía con referencias a la tradición liberal y progresista, de la que los socialistas se decían parte. El relato solía ir de la revolución de mayo y pasar por el desvío rosista, la generación del '37, las máximas echevarrianas, las bases de Alberdi, la generación del '80, la fundación del PS, el reformismo del 18 hasta la segunda "tiranía"⁷.

Indudablemente, una suerte de "afinidades electivas" entre principios liberales y principios progresistas habían informado la tradición del ideario socialista. Los principios compartidos remitían al apego a la defensa de las libertades cívicas, a la limitación del poder de Estado y a la reivindicación del constitucionalismo. En efecto, los componentes ideológicos que dieron históricamente cuerpo al Socialismo sumaban a una concepción teleológica y finalista de la historia que identificaba al proletariado como sujeto de la historia y a una noción racionalista de la política que buscaba organizar y educar a los sectores populares mediante el Partido Político, los sindicatos y las cooperativas, una defensa de los valores democráticos, republicanos y de justicia social.

Muchos militantes socialistas habían decodificado su vivencia de la experiencia peronista como la manifestación de la violación a muchos de los principios cívicos; por ello los reivindicaron tanto.

La jerga de los jóvenes, universitarios en su gran mayoría, asumía como lengua madre el reformismo del '18. Se nombraban la "*generación del '56*", heredera de aquella otra "*frustrada*" que les legaba, aseguraban, un manantial de ideas y sentimientos. Esta operación de reconocimiento, además de hacer de su pertenencia generacional una marca de identidad, los insertaba en una tradición

⁷ Por ej., el ed. de *Sagitario* de marzo/abril'56.

liberal y progresista que había hecho suya la defensa de los principios democráticos, laicos y antiimperialistas de la generación del '18.

Sobre este fondo de valores compartidos, y conforme avanzaba la *RL*, las convicciones que organizaron sus marcas de identidad y su crítica al peronismo en su versión más sancionadora y liberal, se agrietaron y fueron perdiendo predicamento entre la fracción crítica de la juventud socialista.

Cuando se evidenció que la anulación de lo que se consideraba una política manipuladora y coercitiva no estaba acercando a las masas a posiciones de izquierda, las visiones *“sintomática”* y *“sociológica”* del peronismo se anudaron más sólidamente en el discurso de aquella fracción con una demanda de iniciar la reconstrucción del país tomando como punto de partida la *“realidad tal cual es”*. Contribuyó a ello la solidificación de una política *“libertadora”* represiva y la reafirmación del grupo ghioldista del Partido de los principios liberales y de lealtad cuasi incondicional al gobierno provisional.

Aquellos jóvenes críticos decían que la *“reconstrucción”* debía ser renovadora, evitando restituir un pasado de injusticia social y descomposición política al que el peronismo había sumado sus propias arbitrariedades. El espíritu de las instituciones republicanas y democráticas merecía ser rehabilitado a condición de dotar a la democracia de un verdadero contenido social. Sostenían, *“reducir los problemas de hoy a la simple fórmula de ‘desperonizar’ el país y volver al estado anterior, solamente es concebible en sectores de un elementalismo e insensibilidad social enormes”*(*FS*, 17/1/56).

Estas argumentaciones implicaron dos órdenes de redefiniciones: el 1º, referido a las imágenes del mundo social orientadas a formular propuestas de reconstrucción del orden que evadieran la mera desperonización; el 2º, vinculado a las modalidades de interpelación a las masas encauzadas a lograr una adhesión de la que era acreedora el movimiento peronista.

b- Viejos y nuevos preceptos en novedosas combinaciones

La juvenil fracción revisionista comenzó por recortarse de las filiaciones políticas, sociales e ideológicas de sus ocasionales aliados y exigió claridad de principios a

sus mayores partidarios. En su insistencia por afirmar que nada tenían en común con aquellas fuerzas con las cuales habían ayudado a derrocar al régimen peronista, afirmaban su pertenencia a una agrupación política de clase trabajadora y subrayaban que *“el problema de la hora”* era la *“cuestión social”*. Se decían anticapitalistas y, además de nominar como adversarios a los totalitarios, a las fuerzas nacionalistas y clericales, referían a las *“oligarquías criollas”* y a los imperialismos de signo capitalista o comunista⁸.

Para los jóvenes el problema residía en que en los pasados años, ante la falta de libertad, la lucha se había centrado en su defensa, en desmedro de todo lo relacionado con la posición doctrinaria (*FS*, 3/1/56). La fracción crítica exigía con apremio militante un reposicionamiento del Partido. Inauguró un proceso de escisión con algunos de los fundamentos nutrientes de la tradición liberal-progresista; al tiempo, dio comienzo a un ensayo orientado a producir combinaciones argumentales disímiles al ordenamiento más tradicionalmente asociado a la familia de significaciones del ideario socialista.

Entre ellos y la generación del '18 había, dijeron, una continuidad que se sustentaba en la frustración de los ideales de la reforma y al mismo tiempo en su vigencia. Pero también una separación que surgía de las circunstancias históricas que habían rodeado su nacimiento como generación del '56. Aseguraron que en los principios del reformismo anidaban las elaboraciones teóricas y prácticas para la comprensión de la *“tragedia argentina”*, primera exigencia lógica para iniciar con paso cierto la empresa de *“transformación del país”* (Semán, *Sagitario*, en./feb.'56).

Desde las páginas de *S* y *FS*, muchos jóvenes singularizaron la consigna anticapitalista ubicándola en una perspectiva antiimperialista y latinoamericana.

La narrativa referida al imperialismo se articuló con posiciones anticolonialistas que descalificaban a los países europeos que luchaban contra las guerras de liberación nacional en Africa, Asia y America, y al poder *“expansionista”* de EEUU (Latendorf y Orse, *Sagitario*, en./feb.'56). De hecho, muchos jóvenes socialistas se nutrieron con la bibliografía que por aquella época comenzaba a hacer de la

⁸ Estas afirmaciones pueden verse en *FS*, 3/1/56, o en *FS*, 10/4/56; en declaraciones de la JUS y

antítesis colonia/imperio el eje ordenador de las interpretaciones sobre la suerte de los países atrasados (Semán, *Sagitario*, mar./abril'56)

La retórica antiimperialista entroncó en algunos jóvenes socialistas con una lectura de la historia del continente en términos duales: como una realidad previa al descubrimiento, el juego de oposiciones entre una América del norte y una criolla, se había replicado durante la conquista y la colonización, seguido su curso en el proceso de la independencia, avanzado con la conquista económica de Indoamérica por los EEUU y las inversiones del viejo continente en la América atlántica, hasta la unificación de América en su dependencia del capital "yanki", del que el continente debía liberarse (Martins I., *Sagitario*, jul./ag. '56)

Se aludía también negativa y poco veladamente al peronismo y al frondizismo como soluciones "ficticias" propulsadas por los nacionalismos que, en acuerdo con las "burguesías criollas", los "jefes militares" y el "clero", hasta tenían "voceros políticos que han logrado configurar agrupaciones electorales" (Ibid)

Como en un juego de oposiciones hacia dentro y hacia fuera del Partido, Martins afirmaba: "Sólo el socialismo puede unir, en una lucha contra el imperialismo y contra las burguesías locales, a las masas oprimidas del continente criollo y a la juventud inquieta que se rebela ante el abuso que sangra a la tierra común. Pero, como paso previo, urge que todo el socialismo viva la realidad americana" (Ibid)

En la operación de resignificación que comenzó a tejer aquella fracción partidaria, hubo unos pocos mayores dentro de la agrupación que no sólo les proveyeron algunos elementos para conformar sus esquemas interpretativos, sino también autoridad para hablar al interpelarlos como dignatarios privilegiados del ser y el hacer socialista.

Palacios fue el más destacado de los interlocutores. De igual forma, Romero, Sanchez Viamonte y Tieffenberg fueron para ellos figuras importantes. Por otra parte, la imagen del ya fallecido J. V. Gonzalez se proyectó con impulso entre la joven generación.

En los contenidos de la retórica de Palacios se encontraban muchas de las concepciones que los jóvenes buscaban afirmar tales como sus históricas

argumentaciones en defensa de la conformación de una comunidad de pueblos americanos, sus posiciones antiimperialistas, sus afirmaciones sobre la conciencia democrática de las masas y su poder de transformación por encima de cualquier “*corrupción dictatorial*”, como así también su defensa de un socialismo democrático articulado en la noción de justicia social y en un hacer por fuera de cualquier determinismo histórico. Sus apelaciones al heroísmo juvenil y sus incitaciones a rebelarse contra los mayores fueron escuchadas con agrado por una juventud abocada a construir un argumento de autoridad y a hacerse de aliados para tomar la palabra frente a las amonestaciones de los viejos dirigentes partidarios.

Los esfuerzos analíticos de Romero sobre la matriz social del peronismo fueron una fuente de inspiración que alimentó los posicionamientos de una joven generación en su mayoría muy vinculada a la figura del historiador por su accionar en el campo cultural y universitario.

En cuanto a J. V. Gonzalez, la joven generación emprendió un trabajo de reevaluación de su perfil como padre del reformismo, militante partidario y defensor de las ideas socialistas durante el peronismo. Su restitución en el panteón de los próceres del Socialismo no escapó a una operación de legitimación de sus posiciones frente a un ghioldismo que pocos años atrás había sido antagonista del propio Gonzalez.

c- Las maneras de la interpelación a los trabajadores peronistas

Como antes para el grupo de Gonzalez, en el origen de los virajes ideológicos y políticos emprendidos por la fracción socialista de la joven “*generación del '56*”, anidaba una inquietud: cómo interpelar a una clase trabajadora para convertir su lealtad al peronismo en adhesión al Socialismo. La joven generación se indagó acerca de los recursos más eficaces para dirigir la palabra a sus potenciales representados. Afirmaron la inconveniencia de machacar sobre los aspectos “*tenebrosos*” del régimen, y el carácter estéril de aquellos análisis unilaterales sobre el peronismo que agraviaban a los trabajadores por sucumbir a la demagogia autoritaria del régimen derrocado. A su juicio, su generación debía

despojarse de toda vanidad en relación con la conducta observada y denotar comprensión frente a ella. En suma, comprender a los trabajadores para permitirles que comprendan. Entonces eligieron dirigir su palabra directamente a los trabajadores desde las páginas de *FS*. Estas interpelaciones, asumieron variados estilos: desde la publicación de cartas dirigidas a trabajadores peronistas y la supuesta réplica de un “*anónimo joven*” con aquella identidad, hasta la transcripción de hipotéticos diálogos entre los obreros que seguían a Perón y los de filiación socialista.

Lo más interesante y singular de estos escritos es, más que su contenido, la forma que asumió su retórica y el lugar que construyó para dirigirse a los peronistas.

Las interpelaciones bajo la forma de diálogo repitieron la misma lógica: a los argumentos esgrimidos por el supuesto trabajador peronista -vinculados, según el caso, con la afirmación de la ineficacia de la libertad y la democracia para resolver sus problemas sociales o con el aserto de la fatuidad de las ideas políticas para la obtención de sus demandas económicas y la evaluación del accionar de un gobierno- el socialista le respondía desplegando un saber escolarizado sobre la importancia del ejercicio de los derechos y de la protesta, al tiempo que explicitaba las críticas de las que era objeto el propio Partido, negándoles veracidad⁹.

Tal vez pueda atribuirse a la “*Carta a un joven peronista*” (*FS*, 1ra quincena marzo '56), el carácter de arquetipo de esta lógica retórica.

Allí, los jóvenes socialistas eligieron un tono docente y fraterno para dirigirse al “*joven peronista*”, buscabando demostrar que comprendían la supervivencia de la lealtad a su líder y los motivos que la fundaban: “*Queremos hablar contigo, joven peronista. Si, te llamamos así, porque sabemos que sigues pensando que Perón fue el único hombre que habló tu lenguaje y supo ganarse tu confianza. Sabemos también que en el fondo de tu corazón queda todavía la ilusión de su regreso*”. Seguidamente, pusieron en funcionamiento los principios que regulaban las visiones “*sintomática*” y “*sociológica*” del peronismo, para afirmar: “*Te entendemos y queremos decirte claramente que se explica que te hayas hecho peronista*”. Se otorgaron autoridad para hablar en su nombre amparados en el supuesto de

⁹ Por ej. “La ventana indiscreta”, (*FS*, 1ra quincena marzo, '56; o *FS*, 30/5/56).

compartir los mismos “*enemigos*” y, sobre todo, en haber podido ver más allá de los ofertas providenciales de Perón. También amonestaban a los nuevos “hombres providenciales”, en referencia a Frondizi y su fórmula de reabsorción del peronismo a partir de la consolidación de un partido nacional popular bajo su liderazgo.

En el número siguiente de *FS*, los jóvenes publicaron una carta hipotéticamente escrita por un “*jóven peronista anónimo*”, quien justificaba su ser peronista en los beneficios socio-económicos otorgados por Perón y en el carácter explotador de los gobiernos conservadores. La carta concluía: “*Se me dirá que soy un átomo de la masa ... del aluvión zoológico, que los peronistas no tenemos consciencia cívica, que se nos engaña con espejismos, que no estamos capacitados para los derechos políticos y demás. Entonces, señor, yo sentiré mucha lástima por los que tales cosas afirmen, y consideraré inútil todo diálogo explicativo*” (*FS*, 27/3/56).

El círculo de las misivas se cerró con una última réplica del “*jóven socialista*”, quien además de argumentar sobre la demagogia peronista y afirmar que la mayoría de las mejoras otorgadas por Perón habían sido extraídas de los proyectos socialistas, aclaraba: “*No te pondremos motes ni nombres insultantes. Ya te hemos dicho que se explicaba que fueras peronista ...Nunca insultamos y siempre pensamos con Justo ... ‘la clase obrera es sincera aun en el error’. Te pedimos que nos sigas leyendo y alentando con tus críticas. Nuestra misión es conversar con el pueblo para que nos conozcamos y empecemos a trabajar por una nueva argentina*” (*FS*, 27/3/56).

Marcadas por un estilo que buscaba imitar los presumibles modismos de los sectores populares, y con afirmaciones morales desplegadas didácticamente, estas interpelaciones decían guiarse por el respeto y la comprensión hacia las clases laboriosas.

En la base de sus observaciones arraigaba una visión de sí mismos como de una vanguardia capaz de señalar a las masas laboriosas no sólo cuáles eran sus verdaderos intereses sino también el modo más adecuado para alcanzarlos. También, una imagen de un Partido al que se ofrecía como escuela para aquellos propósitos. Esta modalidad pedagógica formaba parte de la tradición partidaria; lo

singular estuvo dado, en el modo en que se actualizó frente a la persistencia de la fidelidad de los trabajadores al peronismo, quizás sostenida por la creencia de que una apelación comprensiva podía facilitar la transferencia de sus lealtades políticas.

d- Una respuesta a *Contorno*

La discusión ideológica al interior del Socialismo se inscribió en un campo mayor que el partidario. Los enunciados juveniles se pronunciaron en relación con otros discursos rivales donde el debate de ideas se confundió con la pugna política marcada por el ascenso de la “*resistencia*” peronista, la deslegitimidad de la *Revolución Libertadora* y la figura ascendente de Frondizi.

Aunque pudiera no haber sido pensado expresamente, el conjunto de interpelaciones reseñadas tuvo también mucho de gesto al interior del campo de la izquierda. En los dichos atribuibles a ambos jóvenes anidaban varias de las críticas que la intelectualidad crítica progresista le hacía al Socialismo.

Aun cuando aquel esfuerzo interpelador se dijera sustentado en la idea de comprender al peronismo, conservaba rasgos de superioridad moral y de clarividencia política censurados por el revisionismo intelectual, que acusaba al Socialismo por su falta de contacto con las masas y de haberse transformado en derechista (Altamirano, 2001).

Los jóvenes del PS no desconocían tamañas impugaciones y hubo entre ellos quién se sintió obligado a responderles. Troncoso dedicará entonces un extenso análisis al número especial de *Contorno* sobre el peronismo¹⁰ (Sagitario, jul./ag.'56)

Las primeras afirmaciones de Troncoso acentuaron el valor de una reflexión que calificaba por fuera de los “*falsos esquematismos*”. El punto de partida de sus consideraciones era su referencia a sí mismo como integrante de la misma generación a la que pertenecían los escribas de *Contorno*. Para el socialista, el signo distintivo de aquella era su experiencia vital respecto del peronismo que, según su gráfica pluma, los había “*calado hasta los huesos*” al haber penetrado

¹⁰ Los jóvenes dijeron enfrentarse al “*riesgo de decir esto del peronismo, sí; esto del peronismo, no*” (Altamirano, 2001b)

por todos los intersticios del acontecer nacional justo cuando ellos desembarcaban en la vida política y literaria.

Para Troncoso, en el origen del “*drama*” de los socialistas de su generación estaba la naturaleza de la lucha empeñada en los últimos años, que había simplificado el campo de la disputa política en dos bandos: aquellos que estaban con el régimen depuesto y “*la contra*”. Para ellos, afirmaba, que no eran “*ni desplazados, ni resentidos, ni reaccionarios*”, el que los calificaran con aquel común denominador sin distinguir las consideraciones de principios y las posiciones políticas que los separaban de la mayoría de los opositores, había comportado un “*auténtico drama de consciencia*”. Algo parecido, subrayaba, les había pasado a los jóvenes de *Contorno*, aun cuando aquellos se habían dedicado “*con preferencia al quehacer literario antes que al quehacer político*”.

Como socialista, Troncoso se sabía mencionado e impugnado por los jóvenes escribas. El diseño de su respuesta se articuló entonces en función de tres tipos de apreciaciones: la primera, ya referida, orientada a afirmar la pertenencia a una misma serie generacional y de experiencia respecto del peronismo; la segunda, vinculada a identificar valoraciones compartidas y posiciones dispares con aquel colectivo; la última, dirigida a revalidar un llamado a la acción política que contrapesaba, a su juicio, el “*exceso de intelectualismo*” de los de *Contorno*.

En los comentarios a sus trabajos, Troncoso acordó con todas aquellas afirmaciones que correspondían al “*esto del peronismo, no*”. Así lo hizo con las apreciaciones de Rozitchner dirigidas a acusar a la burguesía por haber instituido valores que tuvieron un significado distinto para los trabajadores, a quienes -según su perspectiva- habían dejado en el desamparo económico y cultural; también con sus recriminaciones al peronismo por haber dado a la clase obrera “*espejismos de su propio poder*” al habilitar el desprestigio de los patrones sin por ello reportarles pérdida material alguna. Del escrito de Troiani rescató aquella aseveración que rehicindicaba la libertad obtenida, no para disfrutarla, sino para desintegrar la masa de mentira que había mistificado a la clase obrera. En cuanto a los dichos de Viñas, sólo recuperó su crítica a los grupos conservadores. El trabajo de H Donghi fue, para Troncoso, el más equilibrado por no desprestigiar la importancia del

antecedente fascista del peronismo, sin por ello circunscribirlo a ese único aspecto. Elogió la tesis del historiador sobre la importancia de la concentración campesina en las ciudades para comprender el vínculo de Perón con la masa laboriosa.

Los *“esto del peronismo, sí”* de los jóvenes escritores fueron reprobados. Troncoso refirió a los *“juicios de equilibrio”* de Rozichner, en alusión a su paralela crítica al pasado y al presente argentino, leídos como un reflejo temeroso del autor a ser confundido con los *“burgueses contentos”*. El menosprecio de Rozichner al *“heroísmo individual”* fue también objeto de crítica, pues para Troncoso había cumplido un papel preponderante en la lucha contra el régimen. A Sebreli le reprochó el referirse al peronismo en términos de *“revolución”*; también, el desatender las cuestiones de fondo en beneficio de lo anecdótico, como cuando afirmaba que se socavaron los cimientos de la viejo país al colocar frente al Jockey Club un puesto de feria. Los vientos de la exégesis del socialista también golpearon a Pandolfi. Discrepó con su lectura del 17 de octubre. Para Troncoso no fue resultado de una explosión de anhelo popular; sólo el designio de un grupo castrense, ayudado por un algunos trabajadores, líderes sindicales y fuerzas policiales. También refutó sus aceveraciones respecto del antiimperialismo, pues consideraba que aquél no había sido una *invención* del peronismo, sino que formaba parte de la mejor tradición progresista argentina. Para Troncoso no era cierto tampoco que la oposición al peronismo hubiera tenido como causa fundante las medidas sociales implementadas en beneficio del trabajador. No obstante, decía reconocer que la oposición a Perón, imbuída de las experiencias totalitarias europeas, había menguado el planteamiento de la cuestión social al reducir la clave de la disputa en los sólo términos de una lucha contra el fascismo.

Ahora bien, Troncoso recurrió limitadas veces al tono de la querrela para referirse a quienes veía como sus congéneres. Innegablemente, nombró aquellos pasajes donde el Socialismo era depositario privilegiado de la condena. A la acusación de Viñas de *“viejas solteronas”* de las izquierdas y de derecha al PS, le respondió sólo reprochándole que debería haberlas acompañado con una crítica similar al *“hermafroditismo político”*, en obvia alusión a un frondizismo en ciernes al que el

jóven ensayista adscribía. De igual modo, se quejó de los calificativos *“injuriosos”* que a los Socialistas les dedicó Masotta, a cuyo artículo Troncoso atribuyó un espíritu propio de una posición ilusoria y revolucionarista. Por fin, al antagonismo que Pandolfi presentó entre una teoría de la izquierda democrática que sólo entusiasmaba a los sectores cultos de las clases medias y un peronismo que habló el lenguaje del pueblo, Troncoso le replicó tímidamente: *“algo de verdad hay en ello, pero ello no obsta para señalar una circunstancia que también es importante: el peronismo ejercía influencia en los puestos claves del gobierno (...) mientras que la izquierda democrática lo único que podía ofrecer eran buenas intenciones”*

Después de recalcar que las discrepancias de los jóvenes de su Partido con los de la generación crítica literaria eran, en la mayor parte de los casos, *“de actitud, de enfoque y de forma, antes que fundamentales”*, refirió al signo distintivo de aquellos: su autoculpabilidad. El socialista dijo encontrar en los escritos de la mayoría de ellos un hálito de desesperanza y hasta de *“sádica autoculpabilidad”* que redundaba en un *“nihilismo inconducente”*. A ello le sumaba su reproche por el tono de los ensayos que, según él, abusaban de *“amaneramiento”*, *“preciosismo literario”* y *“afectada rudeza”*, tan a base de clises literarios como los usuales entre los miembros de la *intelligentzia* que tanto criticaban. Según Troncoso, aquello era el reflejo de un *“vicio intelectualista”* de quines no sólo gozaban de una gran cultura sino también tenían el deseo de emplear un lenguaje más cercano al habla popular, *“por subconsciente convicción de estar apartándose del pueblo”*.

El presente, aseguraba Troncoso, llamaba a la acción; por ello, todo planteo teórico que la invalidara cuando había *“premura en la calle”*, mostraba *“una falla substancial”*. El socialista los invitaba a modelar la inteligencia y el trabajo docto con el bregar cotidiano por la modificación de las condiciones de vida.

Indudablemente, Troncoso hizo de las diferencias entre un discurso sobre la sociedad pronunciado desde su condición de militante político y aquel otro realizado desde el atrio intelectual, argumentos de autoridad tanto para contrarestar en parte la acerada reprimenda de los jóvenes ensayistas y legitimar

su propia posición –y por ende, la de su agrupación política-, como para instar a aquella generación letrada a acercar posiciones en el quehacer político.

En efecto, no fue asignándoles un carácter de adversarios que Troncoso se dirigió a ellos. Si había una distancia atribuible a ciertas diferencias de enfoque, de forma y de actitud, también existían experiencias comunes y anhelos compartidos.

Para Troncoso el peronismo era la expresión de una crisis sobre la cual la joven generación debía operar. *“Nuestra generación -decía- debe hacer la revolución verdadera que el peronismo sólo hizo en pantomima, pues ninguna otra tiene menos compromisos y mayores exigencias”*; y para eso *“debemos sentirnos y ser una generación en ebullición”* no -como declaraba Masotta- un peso muerto. Concluía: para quienes *“estamos en similares posiciones frente a la organización social actual, debemos permanecer atentos y activos ante dos grandes peligros”*; el primero, vinculado a *“la posibilidad de que podamos volver a caer en las proposiciones demoliberales que nos llevaron a la crisis de la que tratamos de salir, o de que la actualidad política, sea monopolizada por una ‘mascaraca obrero electoralista”* . El segundo, asociado con aquellas posiciones revolucionaristas que, encerradas en la polémica y la discusión constante, corrían peligro de quedar atrapadas entre una maraña de palabras *“esperando con ello, sin el esfuerzo individual aplicado, que la sociedad se transforme por sí sola o por efectos de la lógica de sus esquematismos”*.

Si la segunda advertencia apuntaba directamente a sus interlocutores, la primera lo hacía más veladamente mediante su referencia al frondizismo. Al mismo tiempo, en su alusión a las *“proposiciones demoliberales”* y en los modos y contenido de su largo escrito dedicado a *Contorno*, pueden leerse los rasgos de un autoenjuiciamiento. En efecto, el que Troncoso no haya sido más específico en sus respuestas a las amonestaciones que concretamente le hicieran los de *Contorno* a su Partido, quizás haya tenido que ver con que algunas de ellas no le resultaron ajenas, como tampoco a otros jóvenes socialistas, incómodos por la política que llevaba adelante su agrupación. Por otra parte, Troncoso sabía que poco podía contestar en nombre de un Partido que los reconocía a medias y mucho los criticaba. La fracción juvenil partidaria a la que pertenecía tampoco se

creyó del todo hablada por su dirigencia. Probablemente, se sintieran sí hermanados en cierta impresión vergonzante y en las apelaciones al cambio de la joven generación literaria, más allá de sus desacuerdos con aquella. Máxime, cuando en el seno del PS su combate por la autoridad de la enunciación iría adquiriendo cada vez más los rasgos de una crisis identitaria.

Indudablemente, la culpa no fue patrimonio sólo del segmento revisionista de la izquierda intelectual. También los jóvenes socialistas habían vivido y vivían un “*auténtico drama de consciencia*”. Del mismo modo se percibieron casi huérfanos al habitar una agrupación política que, salvo excepciones, los contenía a medias.

Marcados por un profundo antiperonismo, en la producción de sus interpretaciones no llegarían tan lejos como el núcleo de los intelectuales críticos. Pese a ello, comenzaron a emprender un camino de revisión al tiempo en que encontraron en la manifestación de su oposición política a varias de las medidas del gobierno aramburista, un primer y momentáneo punto de sutura para una crisis identitaria que tampoco se resolvería con la división partidaria de 1958.